

Capítulo 1

Manolito De La Cruz se despertó en su lecho de tierra oscura con el corazón desbocado, con el rostro bañado en lágrimas rojas como la sangre y abrumado por la tristeza. El grito desesperado de una mujer reverberó en su alma como un eco, desgarrándolo, reprimiéndolo, apartándolo del borde de un enorme precipicio. Además, estaba muerto de hambre.

Hasta la última célula de su cuerpo ansiaba alimentarse de sangre. El hambre lo corroía con sus garras despiadadas hasta que un manto rojo le nubló la visión y el pulso se le aceleró pidiendo un sustento que se hacía impostergable. Desesperado, barrió con la mirada la zona alrededor de su lugar de descanso para detectar posibles enemigos. Al no advertir presencia alguna, emergió a la superficie tras abrir las capas de tierra fértil y emprendió el vuelo, con el corazón martilleándole en los oídos y el eco de un grito resonando en su mente.

Aterrizó, agazapado, en medio de unos densos matorrales y espesa vegetación, y miró a su alrededor con gesto de cautela. Durante un momento, todo pareció fuera de lugar. Los chillidos de los monos, los graznidos agoreros de las aves, el gruñido de un gran predador, incluso el roce de los lagartos deslizándose entre la hojarasca. Se suponía que no tenía por qué estar allí. En la selva pluvial. En casa.

Sacudió la cabeza, intentando despejarse la mente fragmentada. Lo último que recordaba con claridad era haber protegido a una mujer carpatiana encinta, y haberla salvado, a ella y a la criatura que llevaba en el vientre, del cuchillo de un asesino. Era Shea Dubrinsky, compañera eterna de Jacques, el hermano del príncipe del pueblo carpatiano. Aquello había ocurrido en los Montes Cárpatos, no en América del Sur, en los parajes que ahora tenía por hogar.

Manolito volvió a revisar mentalmente las imágenes. Shea se había puesto de parto durante una fiesta. Qué absurdo. ¿Cómo podían mantener a las mujeres y a los niños a salvo en medio de esa locura? Él había intuido el peligro, al enemigo moviéndose entre la multitud, acechando a Shea. De pronto, se había distraído, deslumbrado por el color y los ruidos, por la emoción que brotaba de cada uno de sus poros. ¿Cómo explicarse aquello? Los antiguos cazadores carpatianos no tenían emociones, y su visión del mundo sólo abarcaba tonos de grises, blancos y negros. Aun así, él recordaba perfectamente que el pelo de Shea era rojo. Un rojo muy, muy brillante.

Los recuerdos se desvanecieron rápidamente cuando sintió un dolor tan intenso que se dobló en dos. Se sintió sacudido por sucesivas olas de debilidad y quedó a cuatro patas en el suelo, falto de aliento y con el estómago convertido en un nudo. El fuego lo quemó por dentro como un veneno hirviendo. La raza carpatiana era inmune a las enfermedades. Era imposible que se hubiera contagiado de alguna enfermedad humana. Aquello era obra de algún enemigo.

¿*Quién me ha hecho esto?* Cerró los dientes con fuerza en una demostración de agresividad, y sus agudos incisivos y caninos adquirieron un aspecto letal mientras lanzaba una mirada feroz a su alrededor. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Arrodoillado en la tierra fértil, intentó despejar las incógnitas.

Sintió otra descarga de aquel dolor penetrante en las sienes y los bordes de su campo visual se oscurecieron. Se tapó los ojos para intentar bloquear las estrellas que venían hacia él como misiles, pero al cerrar los ojos redobló la intensidad del efecto.

—Soy Manuel De La Cruz —murmuró, intentando que su cerebro se activara... intentando recordar... empujando las palabras a través de los dientes apretados, con una mueca de dolor—. Tengo un hermano mayor y tres hermanos menores. Me llaman Manolito, en broma, porque tengo los hombros más anchos y soy más musculoso. No me abandonarían si supieran que los necesito.

Jamás me habrían abandonado. Jamás. Sus hermanos no harían eso. Eran siempre fieles unos a otros, habían sobrevivido unidos a lo largo de los siglos y siempre permanecerían unidos.

Quiso superar el dolor para llegar hasta la verdad. ¿Por qué se encontraba en la selva pluvial cuando debería estar en los montes Cárpatos? ¿Por qué lo habían abandonado los suyos? ¿Sus hermanos? Sacudió la cabeza, como si quisiera negarlo todo, aunque aquello hizo aumentar el dolor, como si unas puntas afiladas le traspasaran el cráneo.

Tembló cuando las sombras reptaron más cerca, cercándolo, asumiendo diversas formas. Las hojas se agitaron y los arbustos se combaron, como apartados por manos invisibles. Los lagartos salieron de entre la vegetación podrida y huyeron precipitadamente, como si algo los hubiera asustado.

Manolito retrocedió y volvió a lanzar una mirada cautelosa a su alrededor, esta vez por encima y por debajo del suelo, escudriñando detenidamente la zona. Sólo había sombras, ninguna criatura de carne y hueso que señalara la cercanía de enemigos. Tenía que controlarse y averiguar qué estaba ocurriendo antes de que la trampa se cerrara. Estaba seguro de que había una trampa y que él estaba a punto de caer en ella.

A lo largo del tiempo que llevaba cazando al vampiro, a Manolito lo habían herido y lo habían envenenado en numerosas ocasiones, pero siempre había sobrevivido porque se había servido de su mente. Él era un hombre astuto y agudo, y muy inteligente. No lo superaba ningún vampiro ni hechicero, estuviese enfermo o no. Si en ese momento sufría una alucinación, tenía que encontrar una manera de librarse del hechizo para protegerse.

Las sombras se movían en su pensamiento, oscuras y maléficas.

Manolito echó una mirada a la espesura a su alrededor pero, en lugar de ver un paraje familiar y acogedor, siguió viendo las mismas sombras que se movían y se acercaban, intentando clavarlo con sus garras deseosas. Las cosas se movían, los espectros ululaban y unas criaturas desconocidas merodeaban entre los arbustos y a ras del suelo.

Aquello no tenía sentido, no para alguien de su especie. La noche tendría que haberlo acogido y calmado, debería haberlo arropado en su manto de paz. La noche siempre le había pertenecido, a él y a los suyos. Con cada respiro, debería haber incorporado ingente información sobre el entorno, pero ahora su mente le jugaba malas pasadas y veía cosas que no tenían por qué estar ahí. Oía una oscura sinfonía de voces que lo llamaban y el volumen era tan atronador que la cabeza le retumbaba con gemidos y gritos espeluznantes. Unos dedos huesudos le rozaron la piel, al tiempo que unas patas de araña se le enroscaban en las piernas, hasta que tuvo que sacudirse a un lado y a otro, agitando los brazos, dándose manotazos en el pecho y la espalda, sacudiéndose enérgicamente para desprenderse de las telarañas invisibles que se le pegaban a la piel.

Volvió a temblar y tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. Tenía que ser una alucinación, y quizás estuviera atrapado en el hechizo de un vampiro maestro. Si así fuera, no podría llamar a sus hermanos para pedir ayuda hasta que supiera si alguien pretendía usarlo como cebo para atrapar a los demás.

Se agarró la cabeza con las dos manos con fuerza y se obligó a calmarse mentalmente. Tenía que recordar. Él era un antiguo carpatiano al que el anterior príncipe, Vlad, le había encomendado la tarea de cazar vampiros. El hijo de Vlad, Mikhail, había recogido el testigo como guía de su pueblo hacía siglos. Manolito sintió que una de las piezas encajaba con un golpe sordo entre las demás cuando ese trozo de memoria quedó fijo en su lugar. Estaba lejos de su hogar en América del Sur puesto que el príncipe lo había convocado a una reunión en los montes Cárpatos, un homenaje a la vida con que celebraban el inminente parto de la compañera eterna de Jacques. Sin embargo, ahora estaba en la selva pluvial, en

un paraje que le era familiar. ¿Acaso soñaba? Jamás había soñado antes, no que recordara. Cuando un macho carpatiano se tendía en su lecho de tierra, el corazón y los pulmones dejaban de funcionar y dormía como si estuviera muerto. ¿Cómo iba a soñar?

Una vez más, se arriesgó a echar una mirada a su alrededor. El estómago se le retorció cuando los brillantes colores lo encandilaron, provocándole dolor de cabeza y mareos. Después de siglos de ver sólo en blanco y negro, con sus matices de gris, ahora la selva brillaba ante sus ojos con unos colores violentos, intensos tonos de verde y una multitud de flores de todos los colores que ceñían los troncos de los árboles junto a las enredaderas. La cabeza le martilleaba y los ojos le ardían. Lágrimas de sangre le bañaban el rostro mientras miraba entrecerrando los ojos para intentar controlar la sensación de oscilación que experimentaba al observar la selva pluvial.

Se sintió embargado por las emociones. Sintió el sabor de boca que dejaba el miedo, algo que no había experimentado desde la infancia. ¿Qué estaba ocurriendo? Se debatía buscando una manera de controlar la avalancha de pensamientos que discurrían por su mente como un caos. Hizo un esfuerzo para apartar los escombros de esa confusión y concentrarse en lo que sabía de su pasado. Se había plantado frente a una mujer anciana poseída por un hechicero justo cuando ésta lanzaba un arma envenenada al hijo de Jacques y Shea, todavía en el vientre de su madre. Había sentido el impacto del puñal al penetrar en sus carnes, el giro y desgarró de la hoja serrada que le destrozaba los órganos y le rasgaba el vientre. El fuego lo quemó por dentro y se difundió rápidamente a medida que el veneno penetraba en su organismo.

La sangre corrió como un río y la luz se desvaneció enseguida. Oyó voces que lo llamaban, cánticos, sintió que sus hermanos intentaban prenderse de él para anclarlo a la tierra. Recordaba nítidamente las voces de sus hermanos implorándole, no, ordenándole que permaneciera con ellos. Se había encontrado en un lugar en penumbra, habitado por espíritus que ululaban y sombras que se estremecían y se acercaban. Esqueletos. Colmillos oscuros y afila-

dos. Garras. Arañas y cucarachas. Serpientes sibilantes. Los esqueletos se acercaban cada vez más y...

Cerró su mente para aislarse del entorno y de todas las vías que compartía con otros, e impedir así que alguien alimentara sus miedos desde el exterior. Aquella alucinación se debía probablemente al veneno de la hoja del puñal. Poco importaba que hubiera impedido que el veneno penetrara en su cerebro, porque ya había algo maléfico en su interior.

El fuego lo tenía cercado, las llamas crepitaban y se alzaban, hambrientas, hacia el cielo y se estiraban como lenguas obscenas hacia él. De esa conflagración aparecieron unas mujeres, mujeres de las que él se había alimentado a lo largo de los siglos, muertas hacía ya tiempo para el mundo. Empezaron a arremolinarse a su alrededor, estirando los brazos, con las bocas abiertas e inclinándose hacia él, enseñando su mercancía a través de vestidos muy ceñidos. Le sonreían y lo llamaban, con los ojos muy abiertos y un hilillo de sangre manándoles de un lado del cuello, tentador, muy tentador. El hambre lo consumía, hacía estragos en él, lo convertía en un monstruo.

Mientras observaba, ellas lo llamaban con gestos seductores, gimiendo y retorciéndose como gozando del éxtasis sexual, tocándose sugestivamente.

—Tómame, Manolito —pidió una.

—Seré tuya —dijo otra, y estiró los brazos hacia él.

El hambre lo obligó a incorporarse. Ya saboreaba la sangre rica y tibia, desesperado como estaba por recuperar el equilibrio. Necesitaba alimentarse, y ellas proveerían. Les sonrió, con esa sonrisa lenta y seductora que precedía al momento en que se adueñaba de su presa. Al dar un paso hacia adelante, tropezó, y los nudos en el estómago se endurecieron y se convirtieron en dolorosos bultos. Alcanzó a sostenerse con una mano antes de caer. El suelo giró, y de pronto vio los rostros de las mujeres en la tierra y en las hojas podridas. La tierra, oscura y rica, volvió a girar hasta que se vio rodeado de caras que lo miraban con ojos acusadores.

—Tú me mataste. *Me mataste*. —Era una acusación dicha en

voz baja, pero de poderosas resonancias, y las bocas se abrieron, como aterrorizadas.

—Te apoderaste de mi amor, te llevaste todo lo que tenía que ofrecer, y me dejaste —gritó otra.

—Me debes tu alma —exigió una tercera.

Él se apartó emitiendo un ruido sibilante de negación.

—Jamás os toqué para otra cosa que alimentarme. —Sin embargo, les había hecho pensar que sí las había tocado. Él y sus hermanos dejaban que las mujeres pensaran que habían sido seducidas, pero nunca habían traicionado a sus compañeras eternas. Nunca. Aquella había sido una de sus reglas más sagradas. Jamás había tocado a un inocente para alimentarse. Las mujeres de las que se había servido para nutrirse tenían pensamientos fáciles de captar y estaban ávidas de poseer su nombre y su poder. Él las había cultivado con esmero y había estimulado sus fantasías, pero nunca las había tocado con otro fin que alimentarse.

Sacudió la cabeza a medida que aumentaban los gemidos y los espectros se volvían más insistentes, con ojos entrecerrados que delataban sus intenciones. Él se cuadró de hombros y se enfrentó a las mujeres sin ambages.

—Vivo de la sangre y tomé lo que me ofrecisteis. No maté. No fingí amaros. No tengo nada de que avergonzarme. Iros y llevaros vuestras acusaciones a otra parte. Yo no he traicionado mi honor ni mi honra, ni a mi familia ni a mi pueblo, y tampoco a mi compañera eterna.

Eran muchos los pecados por los que debía responder, hechos oscuros que le manchaban el alma, pero eso no. No aquello de lo que le acusaban esas mujeres sensuales con sus bocas hambrientas. Les lanzó un gruñido, alzó la cabeza con un gesto de orgullo y las miró fijo a los ojos. Su honor estaba intacto. Se podían decir muchas cosas de él, podían juzgarlo de mil otras maneras y desvelar sus faltas, pero nunca se había aprovechado de los inocentes. Jamás había permitido que una mujer creyera que podía enamorarse de ella. Había esperado fielmente a su compañera eterna, aun sabiendo que había escasas probabilidades de que algún día la

encontrara. No había habido otras mujeres, a pesar de lo que algunos creían. Y nunca las habría. Sin que importaran sus otras faltas, no traicionaría a su mujer. Ni de palabra ni de obra, ni siquiera de pensamiento.

Ni siquiera cuando había dudado de que algún día esa mujer fuera a nacer.

—Alejaos de mí. Habéis venido a buscarme deseando poder y dinero. No había amor de vuestra parte, no había otro interés que conseguir lo que queráis. Os dejé vivir y conservar recuerdos, aunque falsos, a cambio de vuestras vidas. No habéis sufrido ningún daño, al contrario, estabais bajo mi protección. No os debo nada y, menos aún, el alma. Tampoco permitiré que me juzguen criaturas como vosotras.

Las mujeres gritaron y las sombras se alargaron, proyectando oscuras manchas sobre sus cuerpos, como eslabones de una cadena. Estiraron los brazos hacia él y de sus uñas nacieron garras, mientras el humo giraba en torno a sus figuras retorcidas.

Manolito sacudió la cabeza y se mantuvo firme en su negación del mal que le echaban en cara. Él era un carpatiano y, como tal, necesitaba sangre para sobrevivir, era así de sencillo. Había obedecido las órdenes de su príncipe y había protegido a otras especies. Si bien era verdad que había matado y que a menudo se sentía superior con sus habilidades y su inteligencia, había conservado vivo aquel lugar que correspondía a su compañera eterna, aquella chispa única de humanidad, por si acaso.

A él no lo juzgarían esas mujeres de sonrisa torcida y cuerpos maduros, que sólo se ofrecían para capturar a los machos ricos, no por amor sino por avaricia. Sin embargo, sentía que el dolor se adueñaba de sus emociones. Un dolor cruel, abrumador, que se le venía encima como un predador y se le metía en el alma, hasta que se sintió cansado y perdido, deseoso del dulce olvido de la tierra.

A su alrededor, los lamentos redoblaron, pero las sombras empezaron a perder sus formas y colores. Varias mujeres tiraban de su ropa y le susurraban invitaciones. Manolito las miraba con desprecio.

—No tengo necesidad de vuestros encantos ni los deseo.

Toca. Toca. Tócame y volverás a sentir. Tengo la piel suave. Te puedo llevar hasta el cielo. Sólo tienes que darme tu cuerpo una vez y te daré la sangre que anhelas.

Las sombras se movían por todas partes a su alrededor. Empezaron a salir mujeres de las enredaderas y el follaje, brotaron de la tierra y le tendieron los brazos, con sonrisas seductoras. Él... sintió repugnancia y enseñó los dientes al tiempo que sacudía la cabeza.

—Jamás la traicionaría —dijo, en voz alta—. Antes, preferiría morir de hambre lentamente. —Lo dijo con un gruñido ronco, una especie de advertencia gutural. Y hablaba en serio.

—Esa muerte tardará siglos. —Ahora las voces ya no eran tan seductoras, sino más desesperadas y quejumbrosas, más frenéticas que acusadoras.

—Que así sea. No la traicionaré.

—Ya la has traicionado —chilló alguien—. Le has robado un trozo del alma. Se la has robado y no podrás devolvérsela.

Él buscó en sus recuerdos fragmentados. Por un momento apenas olió una fragancia, la esencia de algo limpio y fresco en medio de la podredumbre que lo rodeaba. Sintió el sabor de ella en la boca. El corazón se le aceleró. Todo en él se calmó. Aquella mujer existía, era real.

Aspiró y luego soltó el aire, alejando con su soplo a las sombras que lo rodeaban, pero aquello no impidió que la tristeza se redoblara.

—Si he cometido tal crimen contra ella, haré todo lo que me pida. —¿Acaso había cometido un pecado tan grande que ella lo había dejado? ¿Era por eso que esa tristeza desconocida convertía su corazón en una piedra tan pesada?

A su alrededor, los rostros se disolvieron lentamente y las formas se difuminaron todavía más, hasta que no fueron más que sombras en lamento. La sensación de malestar en el vientre disminuyó, aunque su hambre aumentó y se hizo insoportable.

Él tenía una compañera eterna. Se aferró a esa verdad. Bella. Perfecta. Una mujer que había nacido para ser su compañera. *Suya.*

Sus instintos de predador se despertaron, rápidos y agudos. En su pecho resonó un gruñido, y el hambre siempre presente volvió a herirle las entrañas, lanzando zarpazos y mordiscos, exigente y sin hacer concesiones. Había vivido cientos de años sin ver los colores, un tiempo largo y sin emociones que se había prolongado siglos y siglos, hasta que el demonio se había despertado en su interior cuando ya no poseía ni la fuerza ni el deseo de luchar contra él. Había estado a punto de capitular. Las puestas a muerte se habían sucedido y alimentarse se había vuelto cada vez más difícil. Cada vez que hundía los dientes en la carne viva, cada vez que sentía y oía el flujo y reflujo de la vida en las venas, se había preguntado si ése sería el momento en que su alma se perdería para siempre.

Manolito se estremeció cuando las voces en su cabeza volvieron a resonar con más fuerza, dejando en segundo plano los ruidos de la selva. Sintió pequeños destellos de dolor en los ojos, un dolor que lo quemaba, penetrante, y le hacía hervir las cuencas de los ojos. ¿Acaso sería el color? *Ella*, su compañera eterna, le había restituido el color. ¿Dónde estaba? ¿Acaso lo había abandonado? Las preguntas se acumulaban en su mente, rápida y ruidosamente, y se mezclaban con las voces hasta que tuvo ganas de golpearse la cabeza contra el árbol más cercano. El interior del cerebro le hervía, y lo mismo ocurría con todos los demás órganos de su cuerpo.

¿Sería la sangre del vampiro? Aquello quemaba como el ácido. Él lo sabía porque había cazado y matado a cientos, quizá miles. Algunos habían sido amigos de juventud y ahora los oía chillando dentro de su cabeza. Encadenados. Quemados. Roídos por una desesperanza que no tenía fin. El corazón estaba a punto de estallarle y cayó de rodillas sobre la tierra fértil donde había yacido, intentando discernir entre la realidad y las alucinaciones. Cuando cerró los ojos, se encontró en un pozo; lo rodeaban unas sombras y unos ojos rojos lo observaban, hambrientos.

Quizá fuera todo una ilusión. Todo. El lugar donde se encontraba, los vívidos colores, las sombras. Quizá su deseo de una compañera eterna fuera tan acuciante que la había creado en su imaginación. O, peor, quizá fuera la creación de un vampiro.

Manolito, te has despertado temprano. Tenías que permanecer en las entrañas de la tierra unas cuantas semanas más. Gregori nos dijo que nos aseguráramos de que no despertaras demasiado pronto.

Manolito abrió los ojos desmesuradamente y miró a su alrededor, cauto. Aquella voz tenía el mismo timbre que la de Riordan, su hermano menor, si bien parecía distorsionada, más grave. Las palabras se arrastraban y, en lugar de sonarle familiares, tenían algo de demoníaco. Sacudió la cabeza e intentó incorporarse. Su cuerpo, que solía ser ágil y fuerte, ahora le resultaba torpe y extraño, hasta que volvió a caer de rodillas, demasiado extenuado para tenerse de pie. Sintió un nudo en el estómago que se le tensaba, y la quemazón se derramó por su organismo.

Riordan, no sé qué me está ocurriendo. Utilizó la vía que sólo compartía con su hermano, cuidándose de que sus energías no se desviarán de ese cauce. Si aquello era una trampa muy elaborada, no quería atraer a Riordan hacia ella. Amaba demasiado a su hermano para hacerle eso.

Aquella idea le hizo contener el aliento.

El amor.

Sentía amor por sus hermanos. Irresistible. Real. Tan intenso que le quitó el aliento, como si las emociones se hubieran acumulado a lo largo de siglos, volviéndose cada vez más intensas detrás de una sólida barrera que él no podía franquear. Había una sola persona que podía restituirle las emociones. La persona que había esperado durante siglos.

Su compañera eterna.

Se llevó la mano al pecho. No había duda de que la capacidad de ver colores y sentir emociones era real. Había recuperado todos los sentidos que había perdido durante sus primeros doscientos años de vida. Y ella era la explicación.

Entonces, ¿por qué no recordaba a la mujer más importante de su vida? ¿Por qué no conservaba su imagen en la cabeza? ¿Y por qué estaban separados? *¿Dónde estaba ella?*

Debes volver a la tierra, Manolito. No puedes levantarte. Has

viajado lejos del árbol de las almas. Aún no has acabado tu viaje. Debes darte más tiempo.

Manolito se sustrajo enseguida al contacto con su hermano. Era la vía de conexión habitual. La voz sería la misma si no fuera porque sonaba como a cámara lenta. Sin embargo, aquellas palabras, aquella explicación era totalmente equivocada. Tenía que serlo. Nadie podía viajar al árbol de las almas a menos que hubiera muerto. Él no había muerto. El corazón le latía (demasiado fuerte). El dolor que sentía era real. Lo habían envenenado, y sabía que el veneno lo seguía quemando por dentro. ¿Y cómo se explicaba eso si lo habían sanado adecuadamente? Gregori era el sanador más hábil que hubieran conocido los carpatianos, y seguro que no habría dejado que el veneno permaneciera en su organismo, por muy grande que fuera el riesgo que él mismo corriera.

Manolito se quitó la camisa y se miró las cicatrices en el pecho. Los carpatianos rara vez portaban marcas de cicatrices. Tenía una herida a la altura del corazón, una cicatriz irregular, fea y muy elocuente. Un golpe mortal.

¿Acaso era verdad? ¿Acaso había muerto y luego lo habían recuperado para el mundo de los vivos? Jamás había oído hablar de una proeza de ese tipo. Los rumores abundaban, claro está, pero él no tenía constancia de que realmente fuera posible. ¿Y qué había ocurrido con su compañera eterna? Ella habría hecho el viaje con él. Una sensación de pánico se añadió a su confusión. Y el dolor era intenso y no cesaba.

Manolito.

Oyó la voz imperativa de Riordan, que seguía siendo distorsionada y lenta. Manolito alzó la mirada, temblando de pies a cabeza. Las sombras volvían a moverse, se deslizaban entre los árboles y los arbustos. Sintió que se le tensaban todos los músculos, hechos un nudo. ¿Y ahora qué? Esta vez intuyó el peligro cuando las sombras empezaron a cobrar forma a su alrededor. Docenas de sombras, cientos, incluso miles, de modo que no había posibilidad de escapar. Unos ojos rojos lo escrutaban con odio y con intenciones horribles. Ondulaban, como si sus cuerpos fueran demasiado

transparentes y delgados para resistir la ligera brisa que agitaba las hojas en el techo vegetal por encima de ellos. Todos eran ojos de vampiros.

Manolito los reconoció. Algunos eran relativamente jóvenes, según el tiempo carpatiano, y otros eran muy viejos. Algunos eran amigos de la infancia, otros eran maestros o mentores. Él los había matado a todos y cada uno de ellos, sin sentir piedad ni remordimiento. Lo había hecho rápido, brutalmente y de cualquier manera que fuera posible.

Uno lo señaló con dedo acusador. Otro emitió un ruido sibilante y lanzó un escupitajo de rabia. Sus ojos, hundidos en sus cuencas, no eran ojos sino receptores cada vez más grandes de odio inyectados en sangre.

—Eres como nosotros. Perteneces con nosotros. Únete a nuestras filas —le dijo uno.

—¿Te crees mejor? Míranos. Has matado una y otra vez. Como una máquina, sin pensar en el rastro que dejabas.

—Tan seguro de ti mismo. Y, entre tanto, matabas a tus hermanos.

Por un momento, el corazón le latió con tal fuerza que Manolito temió que fuera a salirse del pecho. La tristeza le pesaba, la culpabilidad lo corroía. Había matado. Nada había sentido en esos momentos, y había dado caza a un vampiro tras otro, dotado de un intelecto y una habilidad superiores en la lucha. Cazar y matar eran cosas necesarias. La opinión que él tuviera no importaba en lo más mínimo. Era una tarea que tenía que llevarse a cabo.

Se incorporó cuan alto era y se obligó a tenerse bien erguido a pesar del dolor en las entrañas que lo hacía doblarse. Sentía el cuerpo diferente, más pesado, incluso más torpe. Cuando se giró sobre los talones, sintió que empezaban los temblores.

—Vosotros habéis escogido vuestro destino, muertos. Yo sólo era el instrumento de la justicia.

Las cabezas se sacudieron sobre los largos y delgados cuellos y unos aullidos llenaron el aire. Por encima de ellos, las aves dejaron las copas de los árboles y alzaron el vuelo ante la horrible algarabía

de chillidos, cada vez más sonora. Los ruidos le herían el cuerpo y Manolito sintió que su interior se convertía en gelatina. Estaba seguro de que aquello era un truco de los vampiros. En su fuero interno supo que su vida había acabado, eran demasiados vampiros que matar, pero se llevaría con él a todos los que pudiera para librar al mundo de aquellas criaturas peligrosas y ajenas a toda moral.

El hechicero tiene que haber encontrado una manera de despertar a los muertos. Murmuró aquella información mentalmente, deseando que Riordan se la transmitiera a su hermano mayor. Zarcías advertiría al príncipe que los ejércitos de los seres inertes volverían a alzarse contra ellos.

¿Estás seguro de lo que dices?

He matado a éstos hace siglos y, sin embargo, me rodean con sus ojos acusadores, llamándome como si yo fuera uno de ellos.

Desde una enorme distancia, Riordan tragó saliva y, por primera vez, sonó como el hermano que Manolito tanto amaba.

No puedes ceder y entregarles tu alma. Estamos muy cerca de ti, Manolito, muy cerca. Yo he encontrado a mi compañera eterna y Rafael ha encontrado la suya. Sólo es una cuestión de tiempo antes de que te suceda a ti. Debes aguantar. Voy hacia ti.

Manolito gruñó y lanzó la cabeza hacia atrás para dejar escapar un rugido furioso.

Impostor. Tú no eres mi hermano.

Manolito. ¿Qué dices? Claro que soy tu hermano. Estás enfermo. Me dirijo hacia ti con toda la premura posible. Si los vampiros te están engañando con sus trucos...

¿Cómo quieres engañarme tú? Has cometido un error terrible, criatura malvada. Yo tengo una compañera. Veo tus asquerosas abominaciones en color. Me rodean con sus dientes malolientes manchados de sangre y sus corazones ennegrecidos, arrugados y marchitos.

Tú no tienes compañera eterna, Manolito —negó Riordan—. Sólo has soñado con ella.

No puedes engañarme con esas tretas. Ve a decirle al dueño de estas marionetas que a mí no se me atrapa tan fácilmente.

Interrumpió la conexión de inmediato y cerró bruscamente todas las vías que tenían acceso a sus pensamientos, las privadas y las de uso común.

Se giró y se enfrentó a sus enemigos, convertidos en tantos rostros de su pasado que Manolito supo que se enfrentaba a la muerte.

—Venid, entonces, bailad conmigo como lo habéis hecho tantas veces —ordenó, llamándolos con la mano.

La primera línea de vampiros, que estaba más cerca, aulló, con las babas colgándoles del hocico y las cuencas vacías brillando llenas de odio.

—Únete a nosotros, hermano. Eres uno de los nuestros.

Se balanceaban, y arrastraban los pies con ese paso hipnótico de los seres inertes. Él oyó que lo llamaban, si bien las voces estaban más bien dentro de su cabeza, no fuera. Susurros, zumbidos que le nublaban el pensamiento. Manolito sacudió la cabeza para desprenderse de él, pero los ruidos continuaban.

Los vampiros se acercaron, y ahora sintió el roce de la ropa hecha jirones en su piel. Una vez más, le alarmó la sensación de estar cubierto de bichos que reptaban por su cuerpo. Se giró de golpe, intentando mantener al enemigo en su campo visual, mientras las voces seguían aumentando de volumen y se hacían más distintivas.

—Únete a nosotros. Tienes mucha hambre. Desfalleges de hambre. Oímos cómo te falla el corazón. Necesitas sangre fresca. La sangre mezclada con adrenalina es la mejor. Podrás *sentir*.

—Únete a nosotros —exclamaron al unísono, y la invitación fue hecha a voz en cuello hasta que pareció la ola de un tsunami a punto de aplastarlo.

—Sangre fresca. Tienes que sobrevivir. Sólo probar. Una vez. Y el miedo. Deja que te vean. Deja que sientan miedo y verás que la sensación no se parece a nada que hayas experimentado jamás.

La tentación le aumentaba el hambre hasta que ya no pudo pensar más allá de la nebulosa roja que tenía en la cabeza.

—Mírate, hermano, mírate la cara.

De pronto estuvo en el suelo, a cuatro patas, como si lo hubieran derribado, aunque él no sintió el golpe. Se quedó mirando la laguna que se extendía ante sus ojos. Tenía la piel de la cara estirada sobre los huesos y la boca abierta en un ademán de protesta, y no sólo los incisivos sino también los caninos se le habían agudizado, como anticipándose.

Oyó los latidos de un corazón. Fuerte. Regular. Que lo llamaba. Se le hizo la boca agua. Estaba desesperado, y tan hambriento que no le quedó más remedio que salir a cazar. Tenía que encontrar una presa. Tenía que morder un cuello suave y cálido para que la sangre caliente le llenara la boca, lo alimentara hasta la última célula, bañara sus órganos y tejidos para nutrir la enorme fuerza y los poderes que poseían los de su especie. No podía pensar en otra cosa que aquella terrible sensación de hambre que se alzaba como una ola que lo barrería.

Los latidos se hicieron más fuertes y Manolito giró lentamente la cabeza cuando alguien empujó a una mujer hacia él. Parecía asustada, e inocente. Sus ojos eran dos grandes lagunas de terror de color chocolate. Manolito pudo oír la sangre rugiéndole en las venas.

—Únete a nosotros, únete a nosotros —susurraban las voces, hasta convertirse en un canto hipnótico.

Él necesitaba la sangre rica y oscura para sobrevivir. Merecía vivir. ¿Qué era ella, al fin y al cabo? Una mujer débil y aterrada. ¿Acaso podía ella salvar a la humanidad de los monstruos que la acechaban? Los humanos ni siquiera creían en su existencia. Y si supieran de él, lo...

—Matarían —dijo uno, con un silbido de voz.

—Lo torturarían —exclamó otro—. Mira lo que te han hecho. Te estás muriendo de hambre. ¿Quién te ha ayudado? ¿Tus hermanos? ¿Los humanos? Nosotros te hemos traído sangre caliente para alimentarte, para mantenerte vivo.

—Tómala, hermano, únete a nosotros.

Empujaron a la mujer hacia él. Ella lanzó un grito, tropezó y cayó contra Manolito. Él la sintió cálida y viva junto a su cuerpo frío. El corazón le latía desbocado, llamándolo como ninguna otra

cosa podía llamarlo. El pulso en el cuello le latía velozmente a la mujer y olió su miedo. Oyó la sangre rugiéndole en las venas, caliente, dulce y viva, convidándole, a él.

No podía hablar para tranquilizarla. Tenía la boca demasiado llena de sus enormes dientes y sentía una necesidad irrefrenable de aplastar los labios contra su cuello cálido. La acercó más a él, hasta que el cuerpo mucho más pequeño de la mujer quedó casi envuelto por el suyo. Manolito acompasó los latidos de su corazón con los de ella, que respiraba con el aliento entrecortado, aterrorizada.

A su alrededor, se percató de los vampiros que se acercaban, del roce de sus pies, con las fauces cavernosas abiertas, expectantes, con hilillos de baba colgándoles del hocico y sus ojos despiadados mirando con un regocijo salvaje. Se hizo el silencio en la noche, y el ruido de la mujer luchando por tragar aire y el retumbar incesante de su corazón llenaron el aire. Él inclinó la cabeza, atraído por el olor de la sangre.

Desfallecía de hambre. Sin sangre, sería incapaz de defenderse. Lo necesitaba. Se lo merecía. Había vivido siglos defendiendo a los humanos, unos seres que despreciaban su condición, humanos que temían a los de su especie...

Manolito cerró los ojos y se volvió sordo a esos dulces y tentadores latidos. Los susurros estaban en su cabeza. *En su cabeza*. Se giró y la mujer quedó a sus espaldas.

— ¡No lo haré! Ella es inocente, y no será utilizada de esta manera. — Y menos aún porque él hubiera ido demasiado lejos y quizá ya no pudiera parar. Tendría que luchar contra todos ellos, sólo así la salvaría.

Por detrás, la mujer le echó los brazos al cuello y apretó su cuerpo exuberante contra él. Le deslizó las manos por el pecho y más abajo, hasta que lo tuvo en sus manos, añadiendo así la lujuria al hambre.

— No tan inocente, Manolito. Soy tuya, en cuerpo y alma. Soy tuya. Sólo tienes que probarme. Yo haré que tus males desaparezcan.

Manolito gruñó y se giró bruscamente para apartarla.

— ¡Vete! Vete con tus amigos y déjame en paz.

Ella rió y se retorció, sin dejar de tocarse.

— Me necesitas.

— Necesito a mi compañera eterna. Ella vendrá a mí y se ocupará de mis necesidades.

La expresión de la mujer cambió y su risa se desvaneció. Se tiró de los pelos para mostrar su indignación.

— No podrás escapar de aquí. Eres uno de los nuestros. La has traicionado y mereces quedarte aquí.

Él no sabía... No recordaba. Sin embargo, ni todas las tentaciones del mundo le harían cambiar de parecer. Si tenía que vivir sin comer durante siglos, soportando el tormento, que así fuera, pero no traicionaría a su compañera eterna.

— Más te convendría tentarme para que traicionara a otro — dijo —. Sólo ella me puede juzgar como indigno. Así está escrito en nuestras leyes. Sólo mi compañera eterna puede condenarme.

Tenía que haber hecho algo horrible. Era la segunda acusación del mismo estilo, y el hecho de que ella no estuviese luchando junto a él era muy significativo. Él no podía llamarla a su lado porque sus recuerdos eran muy borrosos, aunque tampoco recordaba haber pecado contra ella. Recordaba su voz, suave y melodiosa, cantando como un ángel del cielo... sólo que ella afirmaba que no pensaba tener relación alguna con ningún macho carpatiano.

El corazón le dio un vuelco. ¿Acaso se había resistido a que él la reclamara como suya? ¿Acaso la había unido a él sin su consentimiento? En su pueblo era una costumbre aceptada, una protección para el macho cuando la hembra se mostraba reacia. Aquello no era una traición. ¿Qué habría hecho? Jamás habría tocado a otra mujer. La habría protegido como había protegido a la compañera eterna de Jacques, con su vida, y más allá, si fuera posible.

Él tenía que decidir pero, hasta ese momento, no parecía hacerlo demasiado bien, y quizá fuera porque no recordaba. Alzó la cabeza y enseñó sus colmillos a cientos, quizá miles, de machos carpatianos que habían optado por renunciar a su alma, que habían diezmado a su propia especie, arruinando una sociedad y un modo

de vida en aras de las sensaciones fuertes, en lugar de ceñirse al principio del honor o de conservar la esperanza de encontrar a su compañera eterna.

—Rechazo vuestra sentencia. Nunca me uniré a vosotros. Puede que haya manchado mi alma más allá de toda redención, pero nunca renunciaré voluntariamente a mi honor, como habéis hecho vosotros. Puede que sea todo aquello que decís, pero compareceré ante mi compañera eterna, no ante vosotros, y será ella quien decida si hay perdón para mis pecados.

Los vampiros se alborotaron, emitieron unos ruidos sibilantes, lo apuntaron con sus dedos huesudos pero no lo atacaron. No tenía sentido. Con su superioridad numérica, podían aplastarlo. Sin embargo, sus formas fueron perdiendo consistencia y parecieron oscilar en el aire, de modo que le costaba distinguir entre las criaturas inertes y las sombras en la oscuridad de la selva pluvial.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y se giró de golpe. Los vampiros se alejaban entre los arbustos, y era como si las enormes plantas se los tragarán con sus hojas. Manolito sintió que el estómago le quemaba y que todo su organismo clamaba por alimentarse, aunque ahora estuviera más confundido que nunca. Los vampiros lo habían atrapado, y el peligro lo rodeaba. Lo sentía en la quietud del aire. A su alrededor había callado todo asomo de vida. Ni siquiera se oía el aleteo de las aves, ningún movimiento. Entonces alzó la cabeza y husmeó el aire. Estaba todo absolutamente quieto y, sin embargo, había...

Fue el instinto, más que el ruido, lo que lo alertó, y entonces se giró, todavía de rodillas, y tuvo tiempo de levantar las manos justo cuando el enorme jaguar se abalanzó sobre él.